

## El Mediterráneo, frente decisivo en la Segunda Guerra Mundial

Escrito con un estilo cinematográfico que recuerda a autores como Anthony Beevor o Max Hastings, la obra de Douglas Porch reivindica el Mediterráneo como un frente de operaciones de crucial importancia estratégica para la victoria aliada y cuyas enseñanzas serán determinantes para el éxito del Día D, del que se conmemora su 75.º aniversario.



27-05-2019 – La editorial Desperta Ferro Ediciones publica *El camino hacia la victoria*. *La Segunda Guerra Mundial en el Mediterráneo*, de Douglas Porch, Distinguished Professor Emeritus y exdirector del Department of National Security Affairs en la Naval Postgraduate School en Monterey, California.

Con la firma del armisticio entre Francia y Alemania en 1940, el Reino Unido se encontró solo en una desigual guerra contra el Eje, al que únicamente iba a poder plantar cara en un escenario: el minusvalorado teatro de operaciones del Mediterráneo. Siempre a la sombra de las descomunales operaciones en el frente del este o del ingente esfuerzo logístico que supuso el desembarco de Normandía, Douglas Porch, uno de los historiadores militares más agudos de la actualidad, sostiene y argumenta magistralmente todo lo contrario. De Grecia y Creta en 1940 a Montecassino y Roma en 1943, pasando por el duelo entre el Afrika Korps y el 8.ª Ejército en el norte de África, fue en el Mediterráneo donde los aliados obtuvieron sus primeras victorias, donde empezó el desgaste del Eje y, sobre todo, fue crucial en la entrada en guerra de los Estados Unidos. Porch nos presenta, asimismo, una minuciosa radiografía de las personalidades de los protagonistas, tanto de los líderes políticos (Hitler, Mussolini, Churchill, Tito o incluso Franco) como de los comandantes militares (Rommel, Montgomery, Patton...) y las complejas relaciones entre ellos. De no haber sido por el esfuerzo británico en esta región, es posible que Roosevelt nunca hubiera decidido priorizar la derrota del Eje antes que la de Japón. Encrucijada logística de todo el esfuerzo bélico, zona de desgaste de los ejércitos del Eje, laboratorio experimental de operaciones aéreas, terrestres y anfibias y blando vientre de Europa, este teatro de operaciones sirvió también para canalizar la entrada en guerra de la superpotencia occidental fundamental para la derrota de Alemania, los Estados Unidos, para el que las lecciones aprendidas en el Mediterráneo serán determinantes en el éxito del desembarco de Normandía.

Disponible el miércoles 29 de mayo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

### Sobre Desperta Ferro Ediciones

Desperta Ferro Ediciones es una editorial independiente fundada en 2010 por tres historiadores que decidieron hacer de su vocación, la Historia, un modo de vida y apostar por un producto cultural de calidad y en papel. Actualmente la editorial cuenta con cuatro cabeceras de revistas (*Desperta Ferro Antigua y Medieval*, *Desperta Ferro Historia Moderna*, *Desperta Ferro Contemporánea* y *Arqueología e Historia*) y desde 2015 con una línea de libros en la que, en apenas dos años, han visto la luz una quincena de títulos entre los que destacan obras de referencia como *Ciudades del Mundo Antiguo*, de Jean Claude Golvin, *La guerra en Grecia y Roma*, de Peter Connolly o *Choque de titanes. La victoria del Ejército Rojo sobre Hitler*, de David Glantz, de próxima aparición (catálogo completo [aquí](#)). De esta forma, lo que comenzó como un modelo de autoempleo se ha convertido en un motor de generación de puestos de trabajo ya que, en la actualidad, Desperta Ferro Ediciones cuenta con quince profesionales en plantilla y decenas de colaboradores externos.

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# SOBRE EL AUTOR



**Douglas Porch** es Distinguished Professor Emeritus y exdirector del Department of National Security Affairs en la Naval Postgraduate School en Monterey, California, y Ph.D del Corpus Christi College de la Cambridge University. Entre sus obras encontramos *The French Secret Services. From the Dreyfus Affair to Desert Storm* (1995), *The French Foreign Legion. A Complete History of the Legendary Fighting Force* (1991) –ganador de varios premios tanto en Estados Unidos como en Francia–, *The Conquest of the Sahara* (1984), *The Conquest of Morocco* (1983), *The March to the Marne. The French Army 1871-1914* (1981), *The Portuguese Armed Forces and the Revolution* (1977) y *Army and Revolution. France 1815-1844. Wars of Empire*, que apareció en octubre del 2000 como parte del Cassell History of Warfare series. *El camino hacia la victoria. La Segunda Guerra Mundial en el Mediterráneo* (Desperta Ferro Ediciones, 2019) es una de sus obras cumbre, fue seleccionada por el Military History Book Club, History Book Club y el Book of the Month Club, recibió el Award for Excellence en el U.S. Army Historical Writing por parte de The Army Historical Foundation. Su último libro, *Counterinsurgency. The origins, Development and Myths of the New Way of War*, fue publicado por Cambridge University Press en 2013 y ha ganado un lugar en la Army Chief of Staff's reading list como lectura obligada para oficiales. En 2014-2015 Douglas Porch ejerció como Academic Visitor en el St Antony's College de Oxford y Visiting Fellow en el Oxford University's Changing Character of War Programme. Actualmente, se encuentra preparando un nuevo libro sobre los combatientes franceses en la Segunda Guerra Mundial.

**Obra seleccionada por el Military History Book Club,  
History Book Club y el Book of the Month Club**

**Award for Excellence en el U.S. Army Historical Writing  
por parte de The Army Historical Foundation**

## SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«Una obra de excepcional autoridad [...] Porch es un escritor con un control extraordinario de cada avenida, pero también de cada callejuela, es su tema».

Max Hastings, *The Sunday Telegraph*

«Un análisis ágil y absorbente. Ningún otro acercamiento al tema se aproxima a la narrativa de Porch y a su amplitud de miras, su ojo para el detalle y sus convincentes juicios [...] Una obra monumental y una contribución sobresaliente a nuestra comprensión de la Segunda Guerra Mundial».

John Whiteclay Chambers II, *The Washington Post Book World*

«El mejor relato acerca de las campañas en el Mediterráneo que probablemente nunca hayamos visto».

*Times Literary Supplement*

«La narrativa de Porch engancha, incorpora el manejo enciclopédico de un enorme volumen de fuentes y está escrita con un estilo que mantiene nuestra atención de la primera a la última página [...] Un libro tremendo».

*Publishers Weekly*

# DOSIER DE PRENSA



# ÍNDICE

Prefacio  
Introducción a esta edición  
Introducción a la edición original

## **CAPÍTULO UNO**

1940: la guerra llega al Mediterráneo

## **CAPÍTULO DOS**

«La Noruega del Mediterráneo»

## **CAPÍTULO TRES**

Triunfos tácticos, errores estratégicos

## **CAPÍTULO CUATRO**

La guerra de Rommel: un campo de batalla perfecto

## **CAPÍTULO CINCO**

«El gran reinado del terror»

## **CAPÍTULO SEIS**

La guerra de Monty: El Alamein, ¿la batalla innecesaria?

## **CAPÍTULO SIETE**

«El bebé oculto de Roosevelt»

## **CAPÍTULO OCHO**

Túnez: «el Verdún del Mediterráneo»

## **CAPÍTULO NUEVE**

Husky: «un continente redimido»

## **CAPÍTULO DIEZ**

«El año mediterráneo»

## **CAPÍTULO ONCE**

Victoria incompleta

## **CAPÍTULO DOCE**

La vía mediterránea hacia la resurrección de Francia, 1940-1945

## **CAPÍTULO TRECE**

Cassino sin el monasterio. La ruptura de la Línea Gótica

## **CONCLUSIÓN**

El teatro crucial

Abreviaturas  
Bibliografía  
Índice analítico

# CAPÍTULO CUATRO

## La guerra de Rommel: un campo de batalla perfecto

El éxito de la Operación Compass insufló urgencia a los preparativos alemanes, iniciados ya durante el verano de 1940, para intervenir en el Mediterráneo. El 3 de febrero de 1941, Hitler explicó ante los representantes de los altos mandos de la Wehrmacht y de la Luftwaffe su decisión, tomada a comienzos de enero, de enviar un destacamento de bloqueo a Trípoli. Libia era militarmente insignificante, les dijo, pero su pérdida podía poner en peligro la posición de Mussolini y liberar efectivos británicos que podían causar problemas en el sur de Francia o en los Balcanes. La Luftwaffe debía intervenir de inmediato para atacar Malta y permitir el paso de la 5.ª División Ligera a Trípoli, cuya misión era estabilizar el tambaleante frente italiano. La 5.ª Ligera, al mando del general Johannes Streich, de 49 años de edad, había sido organizada a partir de elementos de la 3.ª División Panzer. A pesar de su falta de experiencia en el desierto, resultó ser una fuerza formidable y muy combativa.<sup>32</sup> Tenía que seguirle una división Panzer y Hitler buscó a un posible comandante en jefe para este destacamento de dos divisiones. Su primera elección, Erich von Manstein, se dejó a un lado en favor de Rommel, que «sabe motivar a sus tropas».<sup>33</sup> El 3 de febrero, se convocó a Rommel a Berlín desde Francia, donde había estado entrenando a su división para la invasión de Inglaterra, y se le informó de que iba a convertirse en el «comandante en jefe de las tropas alemanas en Libia». El 6 de febrero, partió de Berlín con rumbo a Roma y Trípoli con instrucciones explícitas de «no empeñar [a las tropas germanas] en batallas sin sentido». Sus órdenes eran establecer un frente defensivo cerca de Buyarat, en el golfo de Sirte y utilizar sus unidades móviles para repeler cualquier intento británico de flanquearlo. Desde el punto de vista táctico,

Rommel quedó subordinado al mando italiano del norte de África. El 19 de febrero, la nueva formación fue bautizada como *Deutsches Afrika-Korps*.<sup>34</sup>

Los 13 000 soldados alemanes de la 5.ª División Motorizada desembarcados en Trípoli hasta el 10 de marzo de 1941 no tardaron en ser reforzados por los 18 000 hombres de la 15.ª División Panzer y por otros 10 500 de la Luftwaffe. Aunque estas fuerzas formaban una porción minúscula de los 6 387 000 hombres que vistieron el uniforme de la Wehrmacht al finalizar el año, no dejaban de ser representativas de las fortalezas y debilidades demostradas por las tropas germanas al inicio de la guerra. Táctica y operativamente, en 1941, los alemanes llevaban años luz de ventaja a sus adversarios. Los oficiales procedían de una sólida tradición de profesionalismo que se remontaba al gran Helmuth von Moltke, jefe de Estado Mayor de Bismarck en los años 1860 y 1870, incluso antes. Sin saberlo, los vencedores aliados habían reforzado y profundizado esa tradición cuando, en la conferencia de Versalles de 1919, habían provocado la consolidación y amalgama de los cuatro ejércitos (Prusia, Baviera, Sajonia y Württemberg) de la Alemania imperial en la Reichswehr de 100 000 hombres que constituyó el embrión de la expansión militar alemana a partir de 1933. Durante los años de entreguerras, el Ejército alemán estaba obsesionado por cómo combatir una guerra en dos frentes. Ello les llevó a desarrollar una doctrina centrada en el uso de unidades móviles que pudieran desplazarse con rapidez de un frente a otro para contraatacar los avances de las tropas francesas o polacas. A partir de 1933, las fuerzas alemanas combinaron armamento moderno con los objetivos políticos ofensivos de Hitler para transformar una doctrina defensiva basada en el contraataque en una ofensiva diseñada para la conquista. El sistema operacional y táctico germano se basaba en la estrecha coordinación de tropas acorazadas, infantería y aviación para sorprender primero y luego barrer al enemigo en una serie de ofensivas rápidas e incesantes. El núcleo del sistema ofensivo era la agrupación Panzer, compuesta de dos a cuatro cuerpos Panzer y motorizados.



Encuentro entre el *Generalfeldmarschall* Erwin Rommel y el general italiano Italo Gariboldi en Trípoli en febrero de 1941.



## CAPÍTULO SEIS

### La guerra de Monty: El Alamein, ¿la batalla innecesaria?

El otoño de 1942 marcó el punto de inflexión de la guerra. Los avances durante el verano de los alemanes hasta las puertas de Egipto, hasta el Volga y hasta las montañas del Cáucaso fueron detenidos, y luego revertidos, primero en El Alamein y después en Stalingrado. Es ciertamente posible argumentar que una victoria germana en alguna de ambas batallas podría haber cambiado la trayectoria de la contienda. Los líderes británicos temían que el colapso soviético abriría Oriente Medio a una invasión por el norte. Esto, a su vez, situaría a Francia, España y Turquía en el campo del Eje. El éxito de la Operación Torch y el destino de Malta parecían estar en juego en El Alamein. De no haber logrado los británicos la victoria, se habría puesto en peligro el compromiso estadounidense con la estrategia mediterránea de Churchill, lo cual habría provocado una invasión prematura del continente europeo en 1943, que, probablemente, habría fracasado, y un traslado de recursos norteamericanos hacia el Pacífico.<sup>1</sup> Un resultado aliado desfavorable en el Mediterráneo, junto con la pérdida de Stalingrado, habría dado lugar al escenario de pesadilla para los aliados de una oferta soviética de negociaciones de paz con el Eje, cuya consecuencia habría sido su victoria.

Por otra parte, aunque el resultado de ninguna de las dos batallas estaba predeterminado, es difícil imaginar un escenario convincente de victoria alemana, siempre y cuando los aliados se mantuvieran firmes. En el verano de 1942, Churchill parecía estar en su momento político más bajo. El desastroso raid de Dieppe del 19 de agosto y las elevadas pérdidas de tonelaje mercante en el Atlántico, sumado a la derrota de Gazala y a la caída de Tobruk, revivieron las acusaciones de mala dirección estratégica y de incapacidad de hallar un general que pudiera lograr una victoria. Pero su emergente asociación estratégica con Franklin D. Roosevelt, en combinación con la ausencia de ningún rival serio para el cargo, blindaban políticamente a Churchill. El que este superase con facilidad el voto de censura del 1 de julio en la Cámara de los Comunes deshizo las ilusiones de Hitler de que los apaciguadores británicos le obligasen a dejar el cargo y pidieran la paz. A partir de la primavera de 1942, los «bombardeos de área» llevaron el conflicto a las casas del pueblo alemán. En el mismo momento en que Rommel se quedó sin aliento en Egipto, Hitler especulaba que el lento progreso en el Frente del Este podía acelerarse con una ayuda desde el Mediterráneo.<sup>2</sup> Pero, como de costumbre, las ideas del Führer dejaban la

realidad a un lado. A pesar de toda su brillantez operacional, Rommel solo podía conseguir un empate en el norte de África y las tablas no ponían el tiempo del lado del Eje. La incapacidad de Rommel de abrirse paso hacia Egipto en dos ocasiones le dejó al borde del colapso moral y psicológico, pues demostraba, de forma irrefutable, que el Eje había agotado todas sus opciones operacionales en el norte de África.<sup>3</sup>

El mariscal Bernard L. Montgomery supervisa el movimiento de su ejército montado en un carro M3 Grant durante los combates en El Alamein en noviembre de 1942.



# CAPÍTULO OCHO

## Túnez: «el Verdún del Mediterráneo»

La Operación Torch, en combinación con El Alamein y la práctica destrucción, en enero, del Octavo Ejército italiano en Rusia, sumió de manera aún más profunda a Mussolini en sus fantasías estratégicas. Como siempre, rehusó asumir la responsabilidad de las consecuencias de sus decisiones. Por un lado, siguió insistiendo en que había previsto la invasión aliada del norte de África. No había nada de qué preocuparse, pues Torch había dispersado en exceso a los aliados y ahora la victoria del Eje era «una certeza matemática». Hizo oídos sordos a las peticiones del general Giovanni Messe de repatriar a sus elementos de Túnez antes de que fuera demasiado tarde. Tampoco siguió el consejo de su yerno, el conde Ciano, de iniciar negociaciones con los aliados. Al mismo tiempo, achacaba a todo el mundo salvo a él mismo la responsabilidad de los reveses italianos: los judíos, el Vaticano, el pueblo italiano, los alemanes, sus generales. Como era habitual cuando buscaba esquivar la responsabilidad de los desastres que él mismo había provocado, ordenó una reorganización burocrática, tanto para demostrar que seguía controlando la situación como para castigar a los supuestos responsables del último infortunio. Se nombró a un matón fascista llamado Carlo Scorza para el cargo de secretario del partido, con la misión de revivir el menguante espíritu de combate del pue-

blo italiano. Los sicofantas de su gabinete se entregaron a una nueva ronda del juego de sillas musicales ministeriales. Cuando se detuvo la música, se descubrió que uno de los nuevos ministros había sido sacado de un hospital de enfermos mentales. El jefe del alto mando italiano, general Ugo Cavallero, considerado demasiado filogermánico, fue relevado por el jefe de Estado Mayor del Ejército, general Vittorio Ambrosio, decisión que alarmó a los germanos. Ambrosio al principio rechazó el cargo, pero Mussolini le ordenó que lo asumiera. Cuando se le preguntó qué era lo primero que iba a hacer, Ambrosio respondió, para irritación de Mussolini, que su prioridad iba a ser sacar al Ejército italiano de Túnez. Los más estrechos colaboradores de Mussolini sabían que *il Duce* estaba enfermo, descentrado y que tomaba decisiones sin sentido, por lo que conspiraban para reemplazarlo. Todo lo que querían era que el rey diera el primer paso.<sup>6</sup> Incluso el siempre optimista Kesselring se quejó de que «los italianos entraban en acción con menos entusiasmo aún que antes».<sup>7</sup>

A corto plazo, el Eje contaba con diversas ventajas en Túnez en cuanto a logística, apoyo aéreo y mandos. Al lograr adelantarse a los aliados en Túnez, controlaba la posición central, que los angloestadounidenses debían atacar, y abastecer, desde direcciones opuestas. Las fuerzas del

Eje operarían cerca de sus bases. Bizerta y Túnez se hallaban a tan solo 240 km de Sicilia y a 550 de Nápoles, a lo largo de una ruta jalonada por barreras de minas para disuadir a los británicos de lanzar ataques submarinos y de superficie, y rodeada por los aeródromos del Eje de Cerdeña, Sicilia, Pantelaria y del propio Túnez. Los puertos auxiliares de Susa, Sfax y Gabes podían proveer a las unidades de Rommel una vez que se retirase al sur del país. El frente nunca estuvo lejos de los puertos, lo cual minimizó los problemas de transporte que Rommel había experimentado en el desierto occidental.

Bombardeo sobre Bizerta, Túnez, en enero de 1943.



# CAPÍTULO NUEVE

## Husky: «un continente redimido»

La Operación Husky –la invasión de Sicilia– pasó a ser la opción preferida de Brooke. Sicilia se había considerado un posible objetivo desde septiembre de 1942 (no resulta sorprendente, dada la perspectiva marítima de Gran Bretaña), cuando Brooke desempolvó y puso al día antiguos planes de desembarco.<sup>8</sup> La principal ventaja de Husky, desde el punto de vista de Marshall, era que reabría la ruta marítima directa mediterránea a Oriente Medio, Irán y la Unión Soviética, lo cual economizaría 225 buques mercantes. A cambio de apoyar Husky, se aseguró el compromiso del jefe de Estado Mayor británico para reemprender la planificación de Roundup. Roosevelt y Churchill consideraban que Sicilia era una gran operación, que iba a anunciar el retorno aliado a Europa y proporcionar dividendos estratégicos mucho mayores que Brimstone. Una acción a esta escala era más probable que aplacase a Stalin; la caída de la isla podría derrocar a Mussolini sin necesidad de invadir la Italia continental. El colapso italiano, según Brooke, dejaría al Eje con 54

divisiones y 2200 aviones menos de los necesarios para mantener el equilibrio en el Frente del Este.<sup>9</sup> El 23 de enero de 1943, se le encargó a Eisenhower planificar la invasión de Sicilia «prevista para el periodo de luna favorable de julio». El segundo de Ike, Harold Alexander, comandaría todas las fuerzas terrestres aliadas en la operación siciliana.<sup>10</sup>

No obstante, transformar el compromiso de Casablanca en un plan de invasión efectivo no resultó tarea fácil. Husky iba a ser la mayor operación anfibia intentada hasta el momento por los aliados –de hecho, la más grande antes de Overlord– y requería un alto grado de coordinación. Los comandantes designados para las principales unidades de invasión –Alexander, Montgomery y Patton–, así como muchas de los efectivos que preveían utilizar, estaban concentrados en la campaña tunecina. Eisenhower se mantuvo al margen de la planificación de la operación, elaborada con contribuciones de Washington, Londres, Argel, Malta y Túnez. Sin la visión de conjunto y autoridad de un comandante en jefe, los planificadores operacionales y administrativos de la *Task Force 141* del AFHQ de Argel, así como los del 8.º Ejército en El Cairo y del 7.º Ejército en Rabat, carecieron de dirección para diseñar el desembarco. Cuando los líderes militares aliados se centraron al fin en la misión de proyectar dos contingentes aliados en las estrechas playas de una isla que formaba un triángulo montañoso con una red de carreteras insuficiente y defendida por nueve divisiones italianas y dos alemanas, pocos estuvieron contentos con los resultados. Montgomery, que comandó la *Eastern Task Force* (8.º Ejército) se quejó de que el plan presentado estaba pensado por la necesidad de ocupar bases aéreas y puertos por toda la isla. A tal fin, los aliados pondrían pie a tierra en diez puntos de desembarco dispersos a lo largo de la costa sin posibilidad de apoyo mutuo, por lo que se violaba el principio de concentración de fuerzas y les exponía a que se les derrotase por separado. Montgomery mostró su absoluto desprecio por un plan que mostraba «pensamiento inconsistente» sin «la menor posibilidad de éxito» e informó a Alexander de que no tenía «intención de hacer algunas de las cosas que sugería».<sup>11</sup>

El *Generalfeldmarschall* Albert Kesselring en el teatro de operaciones italiano junto a otros oficiales en 1944.



Bundesarchiv, Bild 101L-316-1195-04 / Demmer / CC-BY-SA 3.0



# CAPÍTULO DIEZ

## «El año mediterráneo»

La rendición italiana modificó la dinámica del conflicto en los Balcanes y en Grecia. A finales de 1942, con su ofensiva paralizada ante Stalingrado y Rommel expulsado de Egipto, Hitler comenzó a comprender que se enfrentaba en los Balcanes a una importante rebelión. Su gran temor era que un «catastrófico» desembarco aliado en Grecia o en los Balcanes, «donde el enemigo puede contar con la buena voluntad de la población y el apoyo de las bandas que infestan los Balcanes», ayude a explicar sus cuestionables decisiones de fijar a los aliados en el norte de África, de reforzar las guarniciones de los Balcanes y de Grecia en lugar que Sicilia y de lanzar una campaña de contra-insurgencia a fondo en Yugoslavia en 1943. El temor a la desertión turca, preludio de un desembarco aliado en los Balcanes con la posible connivencia de los italianos, también suscitaba la desconfianza del Eje.<sup>71</sup> A Tito también le preocupaba que los desembarcos aliados en los Balcanes pudieran cortocircuitar su revolución antes de que pudiera rematar a Mihailović. Los dos estaban en lo cierto al temer un desembarque británico, lo cual es indudable que habría tenido lugar de no haber vetado los estadounidenses semejante empresa.<sup>72</sup>

Los alemanes, a punto de perder África, comprendían que necesitaban destruir la insurgencia antes de que los aliados pudieran explotarla estratégicamente.<sup>73</sup> No obstante, tras haber propiciado las condiciones de un alzamiento balcánico, los germanos demostraron estar notablemente mal preparados para enfrentarse a una insurgencia de esa magnitud. La superposición de jurisdicciones del Eje, las pugnas burocráticas y estratégicas entre el partido nazi y los mandos militares, la pasividad y derrotismo de los italianos y la brutalidad croata se combinaron con el gran

tamaño del país para dificultar la represión. Las noticias de las derrotas alemanas en Stalingrado y África envalentonaron a los partisanos, cuyas tácticas (construir trampas anticarro, minar carreteras, sabotear puentes y líneas de ferrocarril) pretendían obligar a los germanos a empeñar numerosas fuerzas en operaciones antipartisanas.<sup>74</sup>

Aun así, 1943 comenzó bien para las tropas de ocupación, pues Tito tuvo que enfrentarse a dos grandes ofensivas italo-germanas, Weiss [Blanco] (enero-marzo de 1943) y Schwartz [Negro] (mayo-junio) que obligaron a retirarse a sus 20 000 combatientes, cargados con sus heridos y seguidos por enjambres de refugiados, de vuelta al sudeste de Bosnia. «Los alemanes aplastaron nuestras posiciones con carros y artillería, incendiaron nuestras aldeas y fusilaron a rehenes y prisioneros –recuerda Đilas–. De la mañana a la noche, su aviación martilleaba todo lo que estuviera a la vista».<sup>75</sup> La Operación Weiss, ejecutada en lo más crudo del invierno en el agreste terreno de Bosnia oriental, fue particularmente dura. Los partisanos destruyeron puentes y carreteras para complicar el suministro alemán. «Cuando estaba en Rogatica, se me informó de que había en las inmediaciones una unidad de unos 100 comunistas –reportó un comandante alemán–. Ordené a mi batallón rodear la localidad a distancia por la noche. Antes del amanecer, entramos en la aldea por todos lados. Toda la banda, unos 100 hombres aproximadamente, fue destruida. Sin embargo, tales operaciones tan solo tienen éxito de noche. ¡Me hizo falta todo el batallón para despejar la aldea!». A pesar de los éxitos germanos y del porcentaje de bajas, relativamente bajo (14 por ciento), el estrés psicológico del servicio en guarniciones dispersas, pequeñas y vulnerables en medio de una población hostil

socavaba su moral. El servicio en Yugoslavia era impopular entre los soldados de la Wehrmacht, los cuales llegaban incluso a preferir el traslado al Frente del Este.<sup>76</sup>

Comandantes chetniks y ocupantes alemanes en Podgorica en 1944. Đordije Lašić (primero desde la derecha), jefe de la administración alemana para Montenegro *Oberst* Hajnke (tercero desde la derecha) y Jakov Jovović (segundo desde la izquierda).





# CAPÍTULO ONCE

## Victoria incompleta

Freyberg, impertérrito por este revés, reemprendió el 15 de marzo el ataque sobre Cassino, precedido por 455 bombarderos y 200 000 proyectiles disparados por 892 cañones. Un periodista comparó las columnas de humo negro que brotaron sobre la localidad con la germinación espontánea de un bosque oscuro de semillas plantadas por «monstruos gris plateado, bellos y arrogantes».<sup>102</sup> A estos les siguieron cazabombarderos que se lanzaron sobre la humeante ciudad. De forma milagrosa, los paracaidistas germanos, aturcidos y sumidos en la oscuridad por el masivo bombardeo que había matado a la mitad de los defensores, habían logrado sobrevivir en sus profundos túneles y búnkeres reforzados. Los infantes de la División neozelandesa de Freyberg, pertrechados con equipo ligero para lo que esperaban que fuera «un mero paseo por la ciudad destruida»,<sup>103</sup> se infiltraron entre las ruinas sin carros de apoyo, pues los escombros bloqueaban su progreso; el «mero paseo» no se hizo realidad. Parecía haber alemanes por todas partes: los francotiradores abatían a los oficiales que escudriñaban en el interior de búnkeres, mientras que las ametralladoras MG42 Spandau, capaces de disparar 1200 balas por minuto, obligaban a las unidades a dividirse en patrullas pequeñas, aisladas y difíciles de coordinar. Sin carros, algunos soldados se quedaron en las afueras, reacios a entrar en el matadero. Era difícil coordinar el avance. Aunque los alemanes no eran muchos, la localidad destrozada les proporcionaba una excelente posición defensiva. Una semana de violentos pero coordinados combates entre las ruinas empapadas por la lluvia y en las alturas circundantes no consiguieron sacar a los paracaidistas germanos. El 23 de marzo, se canceló el ataque, seis días después de que hubiera quedado claro que no iba a llevar a ninguna parte. En opinión de Alan Brooke, Freyberg combatía «siempre pensando en las bajas», por ello retenía hombres que podrían haber decidido la lid.<sup>104</sup> Por su parte, los alemanes estaban sorprendidos por la asimetría entre la masiva potencia de fuego aliada y los escasos efectivos enviados a explotar el bombardeo.<sup>105</sup> La situación en Cassino y Anzio quedó en empate, una situación que favorecía los designios alemanes más que los aliados.

El mastodóntico esfuerzo aliado para quebrar la Línea Gustav había sido derrotado y ponía en entredicho

la estrategia aliada en el Mediterráneo. Se había sacado a Italia de la guerra y los aliados continuaban desgastando a las fuerzas germanas. Pero la captura de Roma, el tercer objetivo de la invasión de Italia, seguía sin lograrse. De hecho, con Overlord cada vez más cerca, tan solo Churchill, y quizá Mark Clark, que temía por su carrera tras haber resultado vencido en Cassino, continuaban considerando a la capital italiana «un espléndido premio». Por otra parte, los estadounidenses presionaban cada vez más para reducir al mínimo las operaciones en Italia y saltar al sur de Francia.<sup>106</sup>

Durante los cuatro meses de fracasos aliados ante Montecassino, la guerra había progresado en otros lugares. En diciembre de 1943, cuando comenzaba el asedio, el Duke of York había hundido al Scharnhorst y a prácticamente toda su tripulación en aguas de Noruega. En febrero de 1944, la resistencia noruega voló un carguero que transportaba un cargamento de agua pesada desde la planta hidroeléctrica de Rjukan a Alemania para su uso en investigación atómica. Durante los tres primeros meses de 1944, sesenta U-boot habían sido destruidos en el Atlántico Norte. Las fuerzas soviéticas habían levantado el asedio de Leningrado y avanzaban inexorablemente en Ucrania, con lo que forzaron a los alemanes a iniciar la evacuación de Crimea después de intensos combates en Odesa, y llamaban a las puertas de Polonia, Rumanía y Estonia. Las fuerzas aéreas británicas y estadounidenses siguieron pulverizando las ciudades germanas, además de atacar las factorías aeronáuticas y bases de armas V en Francia y Países Bajos. En el Pacífico, australianos y estadounidenses ocuparon Nueva Guinea y Nueva Bretaña, tomaron Kwajalein en las Marshall, y tenían las Marianas en el punto de mira. En Birmania, continuaba la batalla por Imfal.

El asedio de Cassino no había resultado del todo en vano. Kesselring había soportado elevadas bajas. No obstante, el comandante germano parecía estar mucho más preocupado por el débil estado de la Luftwaffe, reducida a 300 aparatos, que por la solidez de la posición de Cassino; en sus memorias, apenas le dedica un párrafo al asalto de marzo contra la localidad.<sup>107</sup> Aunque era evidente que la campaña aliada en Italia estaba absorbiendo tropas que habrían sido más útiles en otros lugares, para los alemanes era ya evidente que un ataque aliado contra los Balca-

nes sería improbable y la reducción de tonelaje mercante en el Mediterráneo indicaba que la invasión del noroeste de Europa era inminente.<sup>108</sup> En lo operacional, los fracasos aliados en Anzio y Cassino habían reforzado la certeza de Kesselring de que sus soldados le habían tomado la medida a su adversario. Clark y Alexander habían fracasado contra la Línea Gustav porque habían desplegado sus efectivos sobre frentes amplios, no habían reforzado el éxito y, en lugar de ello, habían desgastado sus fuerzas en asaltos separados contra una defensa tenaz, heroica incluso. La presión por vencer, en su mayor parte procedente de Churchill, llevaba a los comandantes a persistir en sus embestidas mucho después de que se hubiera evaporado cualquier promesa de triunfo. A los altos mandos se les acusaba de ser generales de *château*, al ordenar a sus hombres atacar por un terreno que solo habían visto en

mapas y del que poco conocían de su textura de agrestes escarpaduras, peñascos y cerros inaccesibles. La 34.<sup>a</sup> División estadounidense había ganado la mayor parte del terreno ocupado por los aliados durante enero en la colina del monasterio. Visto sobre un mapa, el éxito parecía estar muy cerca, solo era cuestión de un *stomp* más, de un avance de unos pocos cientos de metros. Los comandantes no alcanzaban a comprender que esos últimos metros eran, con frecuencia, los más difíciles, pues una ametralladora bien emplazada en una estrecha línea de alturas podía detener a un batallón, el cual solo podía atacar con un pelotón a la vez. Los elementos que avanzaban por las montañas necesitaban centenares de mulas que les mantuvieran abastecidos de munición, agua y comida y también para evacuar a los heridos. Sin ellas, los avances más prometedores se interrumpían por falta de munición.



Bundesarchiv, Bild 146-2005-0004 / Wintke / CC-BY-SA 3.0

Ochenta y tres bombarderos aliados lanzaron sus bombas sobre la abadía de Montecassino el 15 de febrero de 1944 y el magnífico edificio fue completamente destruido. Como pretexto para la acción sirvió el argumento de que las tropas alemanas habían ampliado el recinto como una fortificación de artillería, una afirmación que los monjes cuestionaron.

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA

